

Ideales e ilusiones

Son conocidas las insistencias de Freud respecto de la distancia existente entre el psicoanálisis y otros discursos en lo que hace al tratamiento del sufrimiento. Ante el límite de su psicoanálisis y decidido por una perspectiva ilustrada, responde ante los creyentes que sospechan de *su* ciencia:

“No, nuestra ciencia no es una ilusión. Pero sería una ilusión creer que podríamos conseguir en cualquier otra parte lo que ella no puede darnos”¹

Con el debate propuesto por Lacan, señalaré algunas lecturas que inciden en el trabajo sobre el tema que nos convoca a este Coloquio, ‘El malestar en psicoanálisis’.

El porvenir de un ideal pasado

Comencemos con una definición de Freud sobre los ideales que operan en una cultura: “valoraciones que indican cuáles son los logros supremos y más apetecibles”. Sin subestimar los matices de lo sagrado y del gusto implícitos en tal afirmación, la pretendida atmósfera cultural se consagra como vector hacia el Bien.

A su vez, Freud resalta un olvido generalizado para esta tesis (*retorno* temporal mediante): la indicación de que dichos ideales son un producto, huellas fantaseadas de logros antiguos que -luego de haber pasado por un proceso de refinación retórico- se levantan como guías hacia un modo armónico de vida (cuyas paradojas trágicas pueden ser protagonistas en la experiencia, claro está).

Ese olvido, esa pasión por el buen porvenir, esconde otro detalle que hace a la complejidad del asunto (y que particularmente puede llegar a interesar a algún psicoanalista): en esos ideales descansan satisfacciones narcisistas por el orgullo ya conseguido. El ideal, en estos términos, promueve un destino anclado en una satisfacción perdida del pasado. Minorías listas para despreciar al extranjero olvidando su opresión por parte de las mayorías, o al revés.

Patrones de esta función del valor se candidatean cotidianamente a lo largo de los tiempos: políticos que levantan sublimes ambiciones cuyas raíces exitosas se hunden en un pasado del que se desconoce el contexto de posibilidad; psicólogos que se refugian en los ideales de conducta y en la domesticación tecnocrática de los goces²; educadores que con su *natural* vocación ignoran el problema en el que están insertos.

Basta tomar algo de distancia de estas pasiones del mercado para advertir los viajes alienantes a los que los sujetos de una cultura se someten regularmente.

“Enemigo” de la religión

En la tan citada carta al pastor Oskar Pfister de 1928, declara: “No sé si Ud. ha adivinado el vínculo secreto entre mi libro sobre el análisis lego y mi *Ilusión*’. Con el primero quiero proteger al psicoanálisis de los médicos, con el segundo, de los sacerdotes”

La aspiración religiosa que responde al estructural “desvalimiento y desconcierto del género humano” deriva siempre de la necesidad de una “Providencia bondadosa”³. No por eso, toda ilusión, es “necesariamente falsa, irrealizable o contradictoria con la realidad”. Lo intolerable para el ambiente positivista de la época es que, en tanto se sostenga como promesa religiosa, será “tan indemostrable como irrefutable”. Las figuras de los Dioses se elevan con tres

1 S. Freud: *El porvenir de una ilusión*

2 “Medir, localizar, situar, organizar los valores” son orientaciones iluminadas por J. Lacan en el *Seminario VII*

3 S. Freud: *El porvenir de una ilusión*

promesas: proteger al ser humano de los terrores de la naturaleza, reconciliarlo con la crueldad del destino (la muerte, y su más allá) y resarcirlo por las penas y privaciones que la convivencia cultural le impone. Así se edifican como las más influyentes creencias en la concepción del mundo.

Freud confronta esta dimensión religiosa con los criterios científicos. Estos principios “no dejan absolutamente nada por fuera de la investigación” y se configuran como una “energía poderosa para reforzar” su “obstinación”⁴.

En esta certera cita de 1930 puede resumirse la posición del “destructor de ilusiones”⁵:

“Por muy diversos motivos, me es ajeno el propósito de hacer una valoración de la cultura humana. Me he empeñado en apartar de mí el prejuicio entusiasta de que nuestra cultura sería lo más precioso que poseemos o pudiéramos adquirir, y que su camino nos conduciría necesariamente a alturas de insospechada perfección. Puedo al menos escuchar sin indignarme al crítico que opina que si uno tiene presentes las metas de la aspiración cultural y los medios que emplea, debería llegar a la conclusión de que no merecen la fatiga que cuestan y su resultado sólo puede ser un estado insoportable para el individuo. Mi neutralidad se ve facilitada por el hecho de que yo sé muy poco de todas esas cosas, y con certeza sólo esto: que los juicios de valor de los seres humanos derivan enteramente de sus deseos de dicha, y por tanto son un ensayo de apoyar sus ilusiones mediante argumentos. Yo comprendería muy bien que alguien destacara el carácter compulsivo de la cultura humana y dijera, por ejemplo, que la inclinación a limitar la vida sexual o la de imponer el ideal de humanidad a expensas de la selección natural son orientaciones evolutivas que no pueden evitarse ni desviarse, y frente a las cuales lo mejor es inclinarse como si se tratara de procesos necesarios de la naturaleza. Conozco también la objeción a ello: aspiraciones que se tenía por incoercibles han sido dejadas a menudo de lado en el curso de la historia de la humanidad, sustituyéndoselas por otras. Así, se me va el ánimo de presentarme ante mis prójimos como un profeta, y me someto a su reproche de que no sé aportarles ningún consuelo -pues eso es lo que en el fondo piden todos, el revolucionario más cerril con no menor pasión que el más cabal beato-”⁶

La normal intromisión psicológica

Lacan en el *Seminario VII* -con su ya clásica e incomprensible crítica a las corrientes de la época- despliega tres “ideales analíticos” inmersos en una “ambición analítica” propia de la psicología:

Primero. La “higiene del amor” como ideología determinada por un moralismo del amor que modela una relación de objeto satisfactoria. Con este optimismo los *analistas* encuentran “allí un límite, más allá del cual no le es muy fácil ir”. La erótica inmersa en la transferencia se sintetiza en una relación dual orientada a una demanda de felicidad.

Segundo. La “autenticidad”, esa escala de progreso normativa que podría desenmascarar las opacidades del objeto del deseo de cada quien. Bastante lejana a una pregunta difícil de sostener: “¿Ha usted actuado en conformidad con el deseo que lo habita?”⁷

Tercero. La “no dependencia” como ideal ortopédico psicoeducativo propuesto para alcanzar los anhelos del *mundo desarrollado*. Desconocimiento pleno de la ausencia del “buen hábito”. ¿Qué tiene un analista para ofrecer entonces?

Fronteras y salida

4 Carta a E.Jones de 1919 en la posguerra.

5 Así se presentaba Freud ante R.Rolland. Carta de 4.3.1923. Ver P. Gay, *Un judío sin Dios*.

6 S. Freud: *El malestar en la cultura*

7 *Seminario VII, Clase 22*

Lacan advierte los límites de la ciencia y del psicoanálisis en comparación con la fenomenal maquinaria de la religión. Su triunfo se erigirá gracias a su inagotabilidad, “segregará sentido aunque las cosas se vuelvan menos naturales, por lo real”, por lo indiscutible.

Las fronteras de la ciencia se disuelven frente a las “crisis de responsabilidad” y angustias de sus actores (apareciendo los famosos “comités de ética”⁸).

La novedad del psicoanálisis (y, podemos decir ya, su condición de existencia) -dice Lacan en el ‘74- es que refuerza la imposibilidad del cumplimiento del ideal: subversión del sujeto contra los intereses de la adaptación y la autonomía. La negación de lo real, “eso que no anda bien”, choca con la imposibilidad de su fagocitación bajo la cosmovisión que sea.

El trabajo del Seminario “La ética del psicoanálisis” distingue al analista como aquel que pudo “asir”, “reencontrar”, “chocar” rudamente con el dolor de existir que supone el deseo. La salida se abre sólo con su deseo advertido: no hay Soberano Bien, no puede desear lo imposible. Sin esperanzas por el tiempo prometido, *soportando* formar parte de un nuevo síntoma, sostiene un decir imposible de agotar por la vía del sentido.

En “La transferencia negativa” (apartado “La desvalorización”) J. A. Miller establece muy bien lo puesto en juego cuando un sujeto se encuentra con el deseo del analista: la anticipación supuesta en la sospecha y la desconfianza. La sospecha, afirma, se presentifica cuando uno no está seguro, cuando se trata de un saber no demostrable pero en el que se anticipa algo malo. Insiste porque no se dispone de pruebas, es una creencia sustentada en la desconfianza. Cito a Miller: “si esta experiencia depende del Sujeto supuesto al Saber, ¿qué sucede cuando se trata del sujeto del que se sospecha que sabe lo que no debería saber, o que sabe algo que podría amenazar al sujeto?”

Germán García puede ordenarlo así: “... ‘la política es inconsciente’ es otra manera de advertir que aquel que piensa no se da cuenta de que primero habla. Es por eso que la verdad de esa política sabe que “el que miente a la realidad dice la verdad del deseo” (recordemos *La negación*, de Sigmund Freud). ¿Y cuál es la verdad de esa política... de la verdad? Que los ideales, incluso el ideal de la verdad, ya no recubren el goce del sujeto. El circo de los hombres funciona –dice Mandeville- mientras el día está claro. El que siga siendo claro también de noche, como en las cárceles, es la función del político.”⁹

Más allá del circo propio de todo ideal, un psicoanálisis ofrece la posibilidad de que la anticipación frente a lo no sabido sea una *oportunidad* que no quede opacada por la inundación del sentido.

Augusto Pfeifer

⁸ Ver *El Otro que no existe y sus comité de ética*, de J.A. Miller

⁹ Psicoanálisis, política y verdad. En *Germán García - Archivo Virtual*